

«En tu opinión, ¿cuáles son los momentos más significativos de nuestra experiencia?»

«HUELLAS DE EXPERIENCIA CRISTIANA»

15. «Padre nuestro»

por Luigi Giussani*

Fruto supremo de toda esta renovación que trae consigo el don imprevisible del Espíritu es que el hombre se hace capaz de nuevas palabras y de nuevos gestos.

La palabra y el gesto son la expresión del modo en que el hombre ve, siente, afronta y se compromete con la realidad.

La urgencia de las necesidades humanas, los inagotables intentos de satisfacerlas, la inevitable e intolerable perplejidad final, todo ello inspira, plasma y suscita continuamente el clamor de la palabra humana o el compromiso del gesto humano: clamor y compromiso tan exigidos por la naturaleza como inciertos e imprecisos en sus términos, cuando la violencia no les otorga además la fijación o la obtusidad morbosa de la locura. El hombre tiende y aspira, pero no sabe a qué. El don del Espíritu y el descubrimiento y la aceptación de Cristo como centro de todas las cosas dan, finalmente, al compromiso del hombre —a la palabra y al gesto— términos definitivos, una conciencia que llena la disposición de la razón y establece la premisa para una libertad plena, un objeto preciso y sin ambigüedades.

La *oración cristiana* es el grito nuevo, «la palabra redimida». «Nosotros no sabemos lo que debemos pedir: es el Espíritu el que nos lo sugiere... Y nos hace gritar: *Abba, Padre*»¹.

La observación de san Pablo recuerda aquel estupendo documento humano y cristiano que es la primera parte del capítulo nueve de san Lucas: «Y sucedió que, estando Jesús orando en cierto lugar, cuando terminó, uno de sus discípulos le dijo: “Señor, enséñanos a orar, como enseñó Juan a sus discípulos”. Él les dijo: “Cuando oréis, decid: Padre, santificado sea tu nombre, venga tu reino, danos cada día nuestro pan cotidiano, y perdónanos nuestros pecados, porque también nosotros perdonamos a todo el que nos debe; y no nos dejes caer en tentación”».

Les dijo también: «Si uno de vosotros tiene un amigo, y viene durante la medianoche y le dice: “Amigo, préstame tres panes, porque uno de mis amigos ha venido de viaje y no tengo nada que ofrecerle”; y aquel, desde dentro, le responde: “No me molestes; la puerta ya está cerrada y mis hijos y yo estamos acostados; no puedo levantarme para dártelos”, os aseguro que si no se levanta y se los da por ser amigo suyo, al menos por su importunidad se levantará y le dará cuanto necesite. Yo os digo: “Pedid y se os dará, buscad y hallaréis, llamad y se os abrirá; porque todo el que pide recibe, el que busca halla y al que llama se le abre. ¿Qué padre entre vosotros, si su hijo le pide un pez, le dará una serpiente en lugar de un pez? »

¹ Cf. Rm 8,26.

* Del libro *Huellas de experiencia cristiana*, Encuentro, Madrid 2009, pp. 97-102.

» ¿O si le pide un huevo, le dará un escorpión? Si vosotros, pues, que sois malos, sabéis dar cosas buenas a vuestros hijos, ¿cuánto más el Padre del cielo dará el Espíritu Santo a los que se lo piden?»².

La aspiración del hombre se traduce en un «Tú» personal, conocido y preciso como el de la madre, y en una petición clara, exhaustiva, en una plena conciencia de la relación que media entre los términos del diálogo: «Padre nuestro... Venga tu reino..., Perdónanos nuestras deudas... Líbranos del mal...». «Nadie puede decir: “Jesús es Señor”, sino por el Espíritu Santo»³.

Y la redención del gesto es el *sacramento*.

Con él, el compromiso existencial no corre ya el grave peligro de embriagarse o de pervertir la ruta al intentar alcanzar la auténtica realidad mediante la entrega afanosa a la apariencia de las cosas. En el gesto del sacramento, el signo sensible que compromete al hombre le conduce con seguridad inefable a tocar la realidad divina. De ahí que ningún gesto humano realice con tan tranquila plenitud esa aspiración que empuja al hombre a la acción.

Hay una consecuencia maravillosa de esta redención de la palabra y del gesto humano, y es que la dimensión comunitaria nace en el corazón mismo de la palabra nueva y del gesto nuevo, de la oración o del sacramento; de tal modo que ya no se puede hacer una auténtica petición a Dios o un auténtico compromiso con Él que no estén al menos implícitamente abiertos a toda la comunidad de su reino. La apertura comunitaria determina la verdad de la palabra y la justicia del gesto de cada cual. «Cuando oréis lo haréis así: Padre nuestro, venga tu reino». «Todos nosotros somos una sola cosa, pues todos comemos del mismo pan»⁴.

La impotencia de ser felices constituye en nuestro camino común la sugerencia más aguda para vivir juntos. Pero lo que nos hace descubrir mucho más profundamente que somos una misma cosa es la revelación de que la felicidad de cada uno es una realidad común a todos: «*Idem Spiritus... idem Dominus... idem Deus*»⁵.

La *liturgia* es la mayor expresión de la novedad en la oración y el gesto de la que el Espíritu hace capaz al hombre.

Ella genera la forma suprema de la comunidad terrena, donde cada uno es valorado en toda su plenitud, precisamente en la aceptación de la comunión universal de los hijos de Dios, y donde hasta la naturaleza material –el tiempo y las cosas– es asumida en un gesto unitario que verdaderamente representa el comienzo de la redención de la misma naturaleza física de la que habla san Pablo: «Porque sabemos que hasta hoy toda la creación está gimiendo y sufre dolores de parto»⁶.

Por esta plenitud suya, la liturgia se convierte en el único lugar de genuina y completa educación para recibir el Espíritu y para seguir su acción transformadora.

² Lc 11,1-13.

³ 1 Cor 12,3.

⁴ 1 Cor 10,17.

⁵ Ef 4,5; 6.

⁶ Rm 8,22.